

**Philippe-Joseph  
Salazar**



*Palabras armadas*

*Entender y combatir  
la propaganda terrorista*



**ANAGRAMA**  
Colección Argumentos

## Índice

Portada	
PRÓLOGO: POTENCIA RETÓRICA DEL CALIFATO	
1. EL CALIFA HABLA	
2. SEÑALAR EL TERRITORIO DEL TERROR	
3. «TERRORISMO», SUBVERSIÓN LINGÜÍSTICA	
4. CALIFATO NUMÉRICO	
5. DISCURSO FUERTE CONTRA DISCURSO DÉBIL	
6. LA ESTÉTICA YIHADISTA	
7. EL FEMINISMO CALIFAL	
8. VIRILIDAD GUERRERA	
9. LA PORNOPOLÍTICA ISLÁMICA	
10. ¿TERRORISTA INEXPLICABLE?	
11. CÓMO SE CONTROLA NUESTRO DISCURSO	
12. ESE PUEBLO YIHADISTA	
13. SOBRE UNA HOSTILIDAD RADICAL	
EPÍLOGO: POR QUÉ FRANCIA ES SU GRAN ENEMIGO IDEOLÓGICO	
GICO	
Créditos	
Notas	

*Para Erik Doxtader, que me señaló que en inglés  
ISIS es la repetición en letras mayúsculas del verbo  
«ser» en tercera persona: ISIS is, is, is, is...*

## PRÓLOGO: POTENCIA RETÓRICA DEL CALIFATO

*Cedant arma togae.* Es la fórmula de muchas ilusiones pacifistas: que las armas cedan su lugar a la palabra. Pero es una ilusión óptica. A las armas les gustan las palabras. Las convierten en nuevas armas.

Con las matanzas públicas de los últimos meses (degollamiento de periodistas, de voluntarios humanitarios y de imprudentes, persecución de las minorías refractarias al mahometismo puro y duro, numerosos atentados en Europa, efectivos o frustrados) y la destrucción de antigüedades, el público occidental, que por regla general ignora que en las *wilayas* controladas por el Califato<sup>1</sup> los actos de terror contra los seres humanos son el pan de cada día, ha podido constatar que las acciones de sus soldados sobre el terreno y las matanzas que sus seguidores cometen en nuestro territorio van acompañadas de un discurso.<sup>2</sup>

El Califato ha encadenado la sangrienta expedición de represalia infligida a *Charlie Hebdo* con una segunda salva, esta vez de palabras, llamando –con la imagen de la Torre Eiffel de fondo– a sus guerrilleros a perpetrar nuevos ataques en el territorio nacional «maldito»:

Hay un tiempo para todo, un tiempo para vivir, un tiempo para morir, un tiempo para llorar, un tiempo para reír, un tiempo para amar, un tiempo para odiar, ha llegado el tiempo de actuar y de socorrer a la religión mediante la lengua, el corazón, los miembros, la pluma y el sable.<sup>3</sup>

En efecto, la pluma y el sable. Estos denuestos y estos ataques han sido recibidos con enorme sorpresa.

Y eso que Francia está en contacto con el islam casi desde su periodo fundacional: nuestro primer monumento literario, y la primera epopeya europea, es la *Chanson de Roland*, que cuenta cómo el par de Francia se sacrificó para frenar el avance de los sarracenos el 15 de agosto del año 778, fiesta de la Virgen. Probablemente la literatura francesa sea la más rica de Europa sobre el tema de Mahoma:<sup>4</sup> el Corán fue traducido por primera vez a una lengua europea por el monje benedictino Pedro el Venerable, abad de Cluny, en Borgoña, en el siglo XII. Y sin embargo, de siglo en siglo, frente al

discurso musulmán nos quedamos atónitos, sin recordar nunca las múltiples lecciones de esta larga y difícil vecindad.

De entrada, la «materia oratoria» del islam nos desconcierta, y a partir de ese desconcierto es por donde podríamos abordar la cuestión que plantea este libro: ¿cómo comprender la potencia oratoria y persuasiva del yihadismo, y en particular del Califato?

### «Alá akbar»

En primer lugar, hay que ser consciente de la importancia retórica de la profesión de fe musulmana (*chahada*).<sup>5</sup> Ésta es a la vez ejemplar (para sus fieles) y especial (en relación con las otras fes). El islam es una religión a la que uno se adhiere pronunciando (o escuchando al nacer) una fórmula lacónica: «Soy testigo de que no hay más dios que *alá* y doy fe de que Mahoma es su profeta.» Ingresar en el cristianismo, en cambio, exige una preparación, el catecismo, el diálogo con el sacerdote, el bautismo: en resumen, una serie, a veces larga, de actos deliberados y sometidos a examen. Ingresar en el islam es una declaración fuerte y fulgurante.<sup>6</sup> Hay que subrayar que *corán* significa «recitado»: está en la naturaleza del modelo retórico musulmán ser verbal, oratorio, proclamatorio.

La absoluta sencillez de la profesión de fe musulmana (acompañada de una ablución) es estructurante del discurso de acción del Estado Islámico y del yihadismo.<sup>7</sup> Constituye la base de cualquier acción, porque acredita la unidad del dios musulmán y de la verdad de la palabra profética transcrita en el Corán. Se concentra y resume en el grito de «dios es grande» durante los atentados de la guerrilla urbana o en el curso de las ofensivas militares. Se amplía y se hace más compleja en las arengas de los milicianos del Califato, durante las degollaciones o las ejecuciones. Así pues, la brevedad de la profesión de fe y la elocuencia de las arengas que argumenta la profesión de fe están en total sintonía.

Para constatar la fuerza tan contundente como repetida del *alá akbar* hay que mirar los vídeos de degüellos, de lapidaciones, de defenestraciones y crucifixiones, puntuados simplemente por esas dos palabras: son episodios judiciales cotidianos en las ciudades administradas por el Califato, episodios a los que asisten muchedumbres, durante una pausa entre dos recados o durante un atasco del tráfico.

En efecto, estas ejecuciones son actos lícitos, actos de justicia: son la prueba y la ilustración de que la profesión de fe funciona me-

diante la ejecución de la víctima, de la misma manera que un miliciano que lleva a cabo un atentado suicida lo comete como un acto de fe. Es revelador de lo desorientados que estamos sobre la verbalización de estos actos que los medios de comunicación utilicen, por negligencia, la palabra «mártir»: un mártir del islam perece al cometer una acción violenta, mientras que un mártir cristiano, y éste es el sentido correcto de la palabra en nuestro idioma, no comete violencia sino que la padece.

Basta con consultar foros y blogs: los que se burlan del compulsivo *alá akbar* de soldados y guerrilleros y lo consideran una señal de idiotéz gutural o de analfabetismo político, o el grito de un salvaje – porque es corto, es repetitivo, es mecánico y no dice gran cosa–, no comprenden que la fórmula se basta a sí misma precisamente porque reitera la muy breve profesión de fe inicial, que sitúa la yihad en el centro del mundo. En la lucha que se nos dice que libramos contra la radicalización islámica o islamista, mientras no hayamos comprendido que los valores republicanos ya no tienen la fuerza declarativa y categórica de las formulaciones de la fe mahometana,<sup>8</sup> tendremos déficit de armamento discursivo.

A menos que volvamos a las fuentes retóricas de la República en armas: pero quién puede repetir con convicción y traducir en acción las consignas de Saint-Just: «Ninguna libertad para los enemigos de la libertad», de Robespierre: «Cuando invocan al cielo lo hacen para usurpar la tierra», y de Marat: «La libertad debe imponerse mediante la violencia.» Hoy en día, nadie. Salvo el Califato.

Pero resulta que a un modelo retórico sólo se lo puede combatir comprendiendo cómo funciona el modelo adverso, por hablar sólo del armamento de las palabras.

### *El poder del arabesco oratorio*

En segundo lugar, la fulgurante potencia de esa breve profesión de fe se alía con la potencia cultivada de la grandilocuencia política y militante, que se encuentra tanto en las arengas de ejecución como en las revistas y vídeos de proselitismo del Califato.<sup>9</sup>

Hay que subrayar que el arte oratorio árabe-islámico se distingue de las diferentes culturas oratorias (indoeuropea, sino-japonesa, amerindia, budista, etc.) por su estilo florido, abundante en alegorías, en adornos, en fórmulas que nos parecen exageradas, en repeticiones y circunloquios, a imitación de los arabescos en los mosaicos.

cos: en suma, en un stock ilustrativo oratorio que a nosotros nos suena excesivo.

Aunque el Corán afirme de sí mismo que ha sido dictado en «lengua árabe fácil de entender» (sura XXVI, 195), no es menos cierto que la retórica árabe-islámica está bajo el signo de las alegorías morales –los títulos de suras (La Abeja, La Araña) del texto fundacional– y que el estilo coránico impregna todo el medio del discurso que se nutre de él.

Testigo de la importancia del verbo oratorio en la cultura islámica, Jomeini, en su elocuente *Discurso de adiós y testamento* (1983),<sup>10</sup> define la recopilación de las arengas militares y discursos exhortativos de Alí, fundador del chiismo, como «el libro más grande después del Corán». Así que sitúa una compilación de arte oratorio humano en estrecha contigüidad con la palabra sagrada,<sup>11</sup> palabra humana persuasiva y palabra divina, lo que implica lo siguiente: la persuasión humana sirve para concretar el mandato divino. La persuasión humana hace operativo algo que sin ella seguiría siendo literario o místico.

El arte oratorio árabe-islámico es grandilocuente a nuestros oídos, y suena un poco trasnochado:

La sangre de los mártires, las lágrimas de los piadosos y la tinta de los sabios no se han vertido en vano, el Califato ha sido restaurado por un pequeño grupo de creyentes y la bandera se ha mantenido muy alta a pesar de las adversidades, las tempestades, las traiciones.<sup>12</sup>

Se trata de un estilo poético que, fuera de su contexto cultural, suena falso. Pero es verídico: permite expresar una verdad.

De hecho, un importante tratado de retórica de la civilización islámica consagra tres cuartas partes de su exposición a las figuras de estilo, enigmas y alusiones, como recursos de un refinamiento argumental al mismo tiempo deslumbrante y sistemático.<sup>13</sup>

El arte oratorio islámico es una ornamentación, pero una ornamentación metódica con fines cognitivos, de la misma manera que un arabesco es a la vez decorativo (por el trazado magistral de las curvas) y didáctico (cuando incorpora una cita del Corán): el arabesco existe para poner en posición de combate una batería lógica, el esplendor del estilo visual oculta un armamento dialéctico. El ornamento enseña.

Didáctico, ciertamente, porque, desde los albores de su historia, la filosofía en tierras del islam integró retórica y poética en la lógica

aristotélica, algunos de cuyos textos se apropió sometiéndolos a un esfuerzo de conciliación con el Corán.<sup>14</sup>

Por este motivo, la retórica, con sus argumentos basados en opiniones que rigen la vida común (o sea, la política), pero también la poética, con los efectos persuasivos del estilo metafórico (o sea, la cultura), se integraron en el sistema lógico de los razonamientos científicos o racionales.<sup>15</sup>

Dicho de otra forma: una imagen fuerte, una repetición martilleada, un vuelo lírico funcionan como prueba lógica –en un desvío radical de la racionalidad griega de la que todos nosotros procedemos–; no sólo ayudan al proceso de interpretación de las referencias sagradas,<sup>16</sup> sino también a la organización de la vida cotidiana. En cambio, la Europa cristiana se resistió al deseo de acoplar la poética y la retórica al razonamiento lógico: ésa es una de las fuentes del racionalismo europeo y del progreso científico.

La razón teológica en el islam de este continuum lógico-retórico-poético se basa en la presencia masiva de la «poesía» en el Corán, que es, recordémoslo, un libro dictado por un ángel divino, pero también un libro de derecho. Así que había que justificar que dios hablase retórica y poéticamente. Expulsar la retórica y a la poética del vivir juntos y del hablar juntos musulmán hubiera sido también recusar el estilo del Corán y cometer una herejía. Así que había que inyectar retórica y poética en los esquemas mentales lógicos.

De manera que lo que nos parece florido, exagerado, poético, grandilocuente, incluso en las arengas que se pronuncian durante las ejecuciones, no lo es a ojos de los que hablan de esa forma, y desde luego no lo es para quienes propagan el llamamiento a la yihad y la sumisión al Califato.

Contra ese estilo estamos inermes: en comparación, nuestro lenguaje político es estéril, retóricamente banal y poéticamente deficitario.

En el discurso califal hay, pues, una lógica desfasada respecto a lo que nosotros consideramos lógico, razonable, persuasivo en política. Una lógica de otro orden, una lógica que por consiguiente se nos presenta como perversa o delirante. Pero se trata de una lógica que, al margen de la profesión de fe y su fuerza evocadora poética, posee un rigor dialéctico. Ese rigor es el del razonamiento analógico.

### *El arma lógica de la analogía*



Recurrir a la analogía va contra nuestras costumbres en el discurso político: una analogía es válida como ilustración, pero no como argumento. El medioambiente retórico del islam posee una concepción radicalmente opuesta.

### Potencia de los relatos analógicos

De hecho, en la tradición del derecho en el islam la analogía es el cuarto fundamento del razonamiento jurídico.

Extraídos del Corán y de los hadices (relatos de los hechos y gestos de Mahoma, o Tradición),<sup>17</sup> muy a menudo llenos de imágenes, ya que se trata de hechos materiales y gestos concretos, los ejemplos sirven de base para resolver una cuestión práctica: la relación establecida entre el ejemplo extraído de la Tradición y la cuestión que se plantea funciona mediante análisis de una analogía: la cual a su vez es una solución que se inscribe en un dictamen jurídico o *fatwa*.

Por ejemplo, se puede imaginar la siguiente escena: un comerciante se da cuenta de que sus colegas le han estado estafando y que está al borde de la bancarrota. Tiene que decidir de quién desembarazarse, es decir, decidir el grado de responsabilidad de todos ellos. Cuando se discute sobre corrupción, como en este caso, se puede recurrir a un hadiz –un relato atribuido a Mahoma–, el de un ratón que se cayó en la mantequilla. Pregunta: ¿la mantequilla quedó completamente mancillada? Mahoma responde: «Tirad al ratón con todo lo que lo rodea y comeos la mantequilla.»<sup>18</sup> Por analogía con esta anécdota, cuando el comerciante consulta a un doctor en leyes para saber hasta dónde es razonable incriminar a los responsables, éste le puede aconsejar (y ése será su dictamen jurídico, *fatwa*) que, como el grado de corrupción de un líquido depende de su solidez (es decir de la proximidad del elemento corruptor), bastará con castigar a aquellos que hayan sido la causa inmediata de la bancarrota.

Sólo es un ejemplo, pero el relato y la analogía son canónicos; se trata de la determinación de lo ilícito para un bien fungible (como la mantequilla) en donde es difícil determinar la cantidad.<sup>19</sup> Así funciona, gracias al carácter lleno de imágenes del relato, la lógica analógica y así es como ejerce su poder político y público.<sup>20</sup>

Por lo tanto, mediante el uso de las analogías en la propaganda, la política yihadista se nutre de un ambiente retórico que a nosotros nos parece extraño o irracional (basta echar una mirada a los blogs para comprobar cómo reacciona el occidental medio ante este fe-

nómeno), pero que constituye una forma política de interpretación de las cosas potente y general:

Lo que se debe entender por «interpretación» es la transferencia del sentido de la palabra desde su sentido propio hacia su sentido figurado, sin infringir el uso corriente de la lengua árabe según el cual se puede mencionar una cosa por su análogo, su causa, su efecto.<sup>21</sup>

Este esfuerzo de interpretación tiene un nombre: *ijtihad*.<sup>22</sup> Todo está relacionado: unirse al Califato es un gesto de interpretación del mundo.

La analogía determina lo que es legal

El razonamiento analógico permite, pues, decidir lo que en política es legal y lo que es ilegal,<sup>23</sup> por ejemplo si el degollamiento es legal o no, o, para ser más exactos, lícito o ilícito.

Por tanto, no se fija lo que es lícito y lo que es ilícito mediante la aplicación de una norma de derecho y un debate contradictorio sobre los hechos (como en nuestra tradición legal, que viene de Roma), sino mediante un enfrentamiento de tradiciones de valor analógico, para llegar a una interpretación:

El que es declarado infiel, sus bienes son lícitos para los musulmanes y su sangre se puede derramar, su sangre es sangre de perro, no es pecado derramarla, y no hay que pagar por ello ningún precio.<sup>24</sup>

El resultado político puede ser chocante, como el abrazo dado por un ejecutor a su víctima, antes de que ésta, acusada de sodomía, sea arrojada desde lo alto de un inmueble y lapidada, mientras expira, por la comunidad:<sup>25</sup> un acto «perverso» según los medios de comunicación occidentales, un gesto lícito ya que el castigo no anula el crimen pero restituye al violador a la ley y a la comunidad:

Si tus pecados alcanzasen las nubes de los Cielos, y luego tú solicitases Mi Perdón, Yo te lo concedería.<sup>26</sup> *Califato y lectura literal del Corán*

Los medios de comunicación y algunos políticos occidentales o musulmanes que viven fuera del islam disertan, por tanto, sobre la supuesta «lectura literal» que los yihadistas hacen del Corán y de la Tradición. Sostienen el argumento de que hay dos lecturas posibles del texto, una buena y una mala, pero se olvidan de mencionar la pieza fundamental:<sup>27</sup> la analogía. La lectura debe ser literal (citas

del Corán y de la Tradición) para que pueda volverse analógica, ya que el razonamiento analógico siempre parte de un hecho literal (el ratón en el cuenco de mantequilla).

Los que refutan la «lectura literal» de los yihadistas y postulan el concepto de un humanismo coránico<sup>28</sup> deberían proporcionarnos su propia interpretación analógica de las suras o de los hadices y decirnos cómo, a la vista de estos textos, los soldados del Califato pueden justificar su interpretación para degollar, quemar, lapidar, crucificar, y simplemente hacer la guerra al mundo, y en qué difiere, por ejemplo, de la que legitima la flagelación, las mutilaciones, lapidaciones y decapitaciones en Arabia Saudita, un país aliado.

Aquí nos enfrentamos a una cultura del razonamiento analógico que no comprendemos, y por consiguiente la reducimos a la alternativa que nos resulta familiar: interpretación literal (por tanto, falsa), interpretación abierta al debate (por tanto, verdadera). No entendemos la fuerza de la analogía que anima la propaganda del Califato.

La analogía encuentra su fuerza en la relación a la vez gráfica (seductora para la imaginación), concreta (que se vincula con un problema dado) y lógica (sin ser abstracta) que establece entre dos hechos, uno de ellos asentado en una tradición conocida y reverenciada, y el otro en una situación concreta. Explica por qué la multitud curioseosa tranquilamente mientras una persona está siendo crucificada. Esa multitud no es pasiva ni cruel: percibe que la ejecución es la consecuencia de un juicio analógico. De la misma manera que nosotros percibimos que la sentencia de un tribunal es el resultado de la valoración de unas pruebas.

Éstos son los primeros términos del discurso armado que estructura la retórica conquistadora del Califato.

Ahora bien, la pasión europea por el juego de las réplicas y el arte del debate, por el valor que le damos al diálogo entre compañeros, y en general por la primacía acordada a la expresión del yo, choca de frente con este otro dominio de las armas de la palabra.

Se lance o no se lance una ofensiva militar efectiva contra el territorio del Califato, hay que reconsiderar los términos retóricos de esa iniciativa y admitir que el combate comienza con una guerra retórica en la que el adversario domina una panoplia homogénea que va desde la orden a la analogía, pasando por un arte oratorio penetrante y sostenido por la logística poderosa de un legalismo interpretativo. Y, en caso de negociaciones, lo primero es saber que no bastará con enviar diplomáticos que hablen árabe. Habrá que pen-

sar *en islámico*, hablar *en islámico*, argumentar *en islámico*. Ponerse al nivel retórico del adversario.

## 1. EL CALIFA HABLA

La distancia cultural espacio-tiempo que nos separa del yihadismo califal salió a la luz pública en el verano de 2014, cuando Europa se volcaba en los grandes acontecimientos deportivos del cricket en Lord's, del tenis en Wimbledon, del fútbol en Brasil y del Tour de France. En ese mismo momento se fundó el Califato.

Al Bagdadi<sup>29</sup> compareció y entonó la homilía de la refundación del Califato, en la gran mezquita de Mosul, el equivalente de la catedral de Reims de las entronizaciones reales,<sup>30</sup> y se convirtió en el califa Ibrahim. Lejos de los estadios, se hizo una coronación musulmana que sacudió el yihadismo a la antigua y abrió de par en par las nuevas puertas de la guerra.

En mayo de 2015, en el momento en que *Mad Max* (una ficción que ha sido superada por la actualidad) deslumbraba en el Festival de Cannes, el califa Ibrahim pronunciaba su segundo discurso urbi et orbi, con el que abría la vía de la Hégira, la de la emigración de los buenos musulmanes hacia «la sombra protectora del Califato».<sup>31</sup>

Tras su primera comparecencia, todos, desde *Le Monde* hasta el *Wall Street Journal*, se rieron de Al Bagdadi por proclamar la restauración del Califato: una «mascarada», una «representación».<sup>32</sup> Y luego han menudeado las burlas. A la predicación y a lo sagrado respondemos con la más infantil de las retóricas: el sarcasmo.

¿Qué sucedió exactamente en Mosul, el viernes 4 de julio de 2014, día del aniversario de la independencia de Estados Unidos (coincidencia no casual, sino al contrario)?<sup>33</sup>

### *Una estrategia de acción simbólica*

Una situación retórica nunca se manifiesta de golpe. Para comprender su complejidad hay que explicarla en detalle.

#### La aparición del califa

Los fieles de todas las edades y de todas las condiciones se mantienen en pie, en filas, frente a una pared con el *mihrab* orientado hacia La Meca. El que asume el Califato, vestido de negro, como un monje benedictino o un pope griego, sube lentamente las escaleras que llevan al púlpito del predicador. Se sienta de cara a los fieles.

Un reloj da la hora. Las doce y veinte minutos. A la una menos veinte el desconcertante anuncio habrá concluido. Y el Califato habrá sido restaurado.

No hay nada teatral, ninguna escenificación, nada de aspavientos. Al contrario, un porte digno y una naturalidad en la actitud que de inmediato evocan las del Profeta según la tradición de sus dichos y gestas. El efecto retórico de esta aparición es magistral.

Es el primer tiempo de una estrategia de acción simbólica: un hombre se convierte en califa.

En efecto, la vida del califa es conocida, pero su biografía de antes de la asunción de la sucesión mahometana es simplemente eso, una «biografía», un *curriculum vitae*, unas fichas llenas de datos.<sup>34</sup> Con la proclamación, esa biografía se convierte en una hagiografía, una tradición de dichos y gestas que a partir de ese momento se incorporan a una historia sagrada. Su vida cambia de la ficha informativa a la leyenda de santidad.<sup>35</sup>

Naturalmente, a nuestros oídos este tipo de argumento religioso suena escandaloso, pero ¿es diferente de lo que dicen nuestros libros de texto sobre Napoleón o sobre Jaurès? Siempre hay un antes y un después, y en la cesura entre ambos, un acontecimiento memorable que hace cambiar una biografía hacia la hagiografía. Eso conlleva que investigar los detalles de la biografía del hombre no sirva de nada: lo que importa es que a partir de ahora habla como califa.

### El discurso del califa

Después de una breve invocación, Ibrahim se levanta y pausadamente pronuncia su plegaria.<sup>36</sup> Asume ipso facto la función de imán, es decir, dirige la plegaria. Además nombra explícitamente la *imama*, pues ésta es la función fundamental de un soberano musulmán: es imán el que «está de pie ante» (sentido del término) los creyentes para mostrarles la vía, y anunciarles el esfuerzo espiritual y el camino a seguir, la yihad.

Su elocuencia es sobria, y pronuncia el discurso, sin apuntes ni teleprompter, de un tirón. El único gesto oratorio que el califa se permite es elevar la mano para subrayar un concepto, pero sin exceso. Así, la plegaria se desarrolla según normas de estilo clásicas, alternando las órdenes de combate por la fe y las citas coránicas, pronunciadas según una dicción elocuente y ceremoniosa, cultivada por la dicción coránica.<sup>37</sup> Un gran arte oratorio que constituirá el modelo retórico de muchas arengas y proclamas del Califato.

La dignidad de la acción oratoria es, en efecto, la propia de una entronización, porque mientras habla y dirige la plegaria mediante una reflexión sobre el «politeísmo», sobre la necesidad de extinguir la incredulidad, y contra la tentación de sucumbir a ella, se convierte en Comendador de los Creyentes. En retórica, a esta operación se la llama «performativa». Al decir lo que dice el Corán, el que lo dice bien, mostrando que los otros son «politeístas», asume el Califato. Ha «performatado» el Califato. El Califato existe.

Hablar a los politeístas, nosotros

El «politeísmo» es un elemento clave: el término define al otro público, no a ese público fiel que está en la mezquita, sino a ese que es el enemigo.

El politeísmo engloba toda la cultura occidental y occidentalizada: el culto de los «ídolos de la tribu» (medios de comunicación, cine, los famosos, las estrellas del deporte), la adoración de los «ídolos del mercado» (los bienes de consumo, las desviaciones religiosas del islam que se entregan al mercantilismo «pagano»), los «ídolos del teatro» (los simulacros del saber, de la comunicación, de la técnica), los «ídolos de la caverna»<sup>38</sup> (gente que sólo juzga el mundo con las orejas de sus prejuicios, su visión estrecha de las cosas, fuera de la luz de dios) y, en resumen, los regímenes democráticos que sitúan los derechos del hombre en el centro de su sistema y por consiguiente hacen del hombre un ídolo.

El término «politeísta» vuelve varias veces, está en el corazón de la prédica, y considerarlo anticuado, teatral o verboso es no entender su fuerza. Frente a la multiplicidad y la duplicidad politeístas se hace oír la sabiduría de la auténtica palabra monoteísta. Y en este enfrentamiento se basa la asunción califal.

Nosotros nos dispersamos en la multiplicidad y la duplicidad, mientras que la nación del Califato se encuentra en la unión y la unidad.

Nombrar el poder

Evidentemente, en Washington y en París tenemos una idea determinada de lo que es tomar el poder y de lo que es un Estado. Nos cuesta nombrar el Califato (véase el capítulo 3).

¿Cómo nace un Estado? Una toma de poder se enmarca en unos procesos que se consideran evidentes: revolución/golpe de Estado, legitimación mediante unas elecciones generales, reconocimiento